

FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ

¿Cuánta transparencia podemos digerir?

La mirada honesta sobre uno mismo,
los demás y el mundo que nos rodea

Traducción de
Jordi VIDAL

Editorial
MILENIO
L L E I D A, 2 0 1 5

Título original en catalán:
¿Quanta transparència podem digerir?
© Pagès editors, SL, Lleida, 2015

© del texto: Francesc Torralba Roselló, 2015
© de la traducción: Jordi Vidal Tubau, 2015
© de esta edición: Milenio Publicaciones SL, 2015
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: septiembre de 2015
ISBN: 978-84-9743-691-5
DL L-679-2015
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

I parte. Ejercicios de transparencia.....	7
1. ¿De qué hablamos cuando hablamos de transparencia?	9
2. Transparencia, secreto y confidencialidad.....	15
3. Contra la cultura de la exhibición.....	21
4. Transparencia, vergüenza y mal.....	29
5. La búsqueda de los orígenes	33
6. Entre la transparencia y la opacidad	39
7. ¿Cuánta transparencia podemos digerir?.....	45
II parte. Ser transparente consigo mismo. El espejo	49
1. Trascender al personaje social.....	51
2. Ser opaco a uno mismo. Vivir fuera	57
3. El autoexamen.....	63
4. Un paisaje en ruinas.....	67
5. El miedo a encontrarse. La fuga de sí mismo.....	71
6. Una caja de sueños rotos.....	75
7. La crueldad consigo mismo.....	81
8. La transparencia entre el ser, el decir y el obrar ...	89
III parte. Ser transparente con el otro. Desnudez y máscara	93
1. ¿Quién es el otro para mí? ¿Quién soy yo para el otro?	95
2. Exponerse, decirse, mostrarse	101
3. Deshacerse de las representaciones tópicas.....	105
4. No esperar nada del otro. Destruir expectativas.....	109

5. Estar dispuesto a ser herido por el otro.....	113
6. La audacia de la desnudez, la confianza y el miedo ...	119
7. El baile de máscaras. El carnaval de todos los días	125
IV parte. La transparencia de los seres	131
1. Lo que aprendemos de los lirios del campo y de las aves del cielo.....	133
2. El niño, la desnudez y el traje del emperador.....	141
3. El loco anuncia la verdad y es echado	147
4. En el vino, la verdad. Embriaguez y transparencia...	151
5. Ancianidad: aprender a desprenderse del mundo...	155
6. La cita con la muerte: la hora de la verdad	159
7. El amor: el final de la simulación	167
V parte. Transparencia con el misterio del mundo	171
1. Orar: el lenguaje del alma	173
2. El misterio del mundo: más allá de las representa- ciones	179
3. “Heme aquí”. “¿Qué quieres de mí?”	183
4. Librarse de los ídolos. Quedarse vacío	185
5. La mayoría de edad espiritual	189
6. El lenguaje de la gratitud	193
7. Vivir plácidamente con preguntas.....	195
Bibliografía	199

¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE TRANSPARENCIA?

En los últimos años se ha escrito abundantemente sobre la noción de transparencia. No cabe duda de que la transparencia es un valor emergente en las sociedades democráticas, junto con la ecosensibilidad, el consumo consciente, la solidaridad ciudadana y la emprendeduría. Algunos de estos valores han emergido con especial fuerza como consecuencia de la crisis, mientras que otros han ido fermentando lentamente.

La crisis ha activado valores como la solidaridad dentro y fuera de la familia, en el ámbito vecinal, en el llamado *cuarto mundo* y también nuevas formas de compromiso activo a través de las redes sociales y de los medios de comunicación de masas tradicionales. También ha tensado el músculo de la entrega y de la responsabilidad ciudadana y ha hecho posibles respuestas inteligentes y solidarias a situaciones dramáticas propiciadas por la crisis económica y financiera que todavía estamos sufriendo.

El desgarrón que la crisis ha causado en el tejido empresarial, especialmente en el entramado de la pequeña y mediana empresa, ha catalizado, como fuerza reactiva, el valor de la emprendeduría. Muchas personas, como consecuencia de la crisis, han tenido que emprender nuevas aventuras profesionales y empresariales asumiendo toda suerte de riesgos tanto a nivel personal como familiar.

En este libro, no obstante, el foco está puesto en la transparencia. Queremos reflexionar sobre qué es,

propiamente, sobre cuántas formas de transparencia existen y cuáles son las consecuencias de una cultura global de la transparencia.

Los ciudadanos la reclaman a las instituciones públicas, a los medios de comunicación social, también a las organizaciones privadas, exigen leyes para garantizar su ejercicio, esperan saber qué es lo que se cuece dentro de las administraciones públicas, cómo se invierte el dinero que todos ponemos, cómo se toman decisiones detrás de las cortinas del poder. Hay un anhelo de transparencia. Si debemos calificar ese deseo colectivo, solo se puede calificar de positivo, pero no nos equivoquemos, no nace por casualidad, ni por generación espontánea. Es un valor que nace por reacción, como respuesta a un período oscuro de opacidad y de ignorancia.

Queremos saber y ese deseo de saber es la expresión de una de las inquietudes más profundas del ser humano. Aristóteles lo recuerda al comenzar la *Metafísica*: “Todos los hombres, por naturaleza, desean saber”. Queremos saber, porque nos percatamos de que hasta ahora no sabíamos gran cosa, o bien sabíamos muy poco. Hemos constatado que nos han mentido, que no nos han informado correctamente o que, sencillamente, nos han desinformado con descaro.

Nos percatamos de que muchos supuestos hombres honestos han gestionado perversamente el dinero público, se han lucrado descaradamente, se han aprovechado de sus puestos de poder para beneficiarse a sí mismos, a sus familiares y a sus amigos. Estamos, simplemente, hasta la coronilla, más aún, hartos, y ahora, los ciudadanos, al tomar conciencia de tanto juego sucio escondido detrás de las bambalinas del teatro político, económico y financiero, exigimos transparencia.¹

1. M. SEGURÓ (COORD.), *Hartos de la corrupción*, Herder, Barcelona, 2014.

La transparencia se opone a opacidad. Se refiere a un tipo de material que deja pasar la luz, que permite ver lo que hay al otro lado. Lo decimos del cristal de una ventana cuando está muy limpio. Desde dentro, se ve perfectamente lo que hay fuera y, a la inversa, desde fuera, se ve nítidamente lo que hay dentro.

La opacidad, en cambio, no permite ver más allá, esconde lo que hay dentro. Todo es oscuridad y, por tanto, ignorancia. La transparencia nos permite, literalmente, trascender, ir más allá del cristal, cruzar un límite, pasar una frontera, mientras que la opacidad no abre campo de visión alguno, no permite entrever mínimamente nada de lo que hay más allá.

Cuando las paredes de las instituciones son opacas, no sabemos los procesos que tienen lugar en su interior y, por consiguiente, es más fácil sucumbir a la corrupción, a las malas prácticas, a los chanchullos y a los engaños. Cuando las instituciones, en cambio, tienen las paredes transparentes, de cristal, todo está expuesto, cada movimiento, cada decisión, cada subvención, cada sueldo y, por tanto, es más difícil incurrir en malas prácticas. Tener la sensación de ser observado desde fuera es un poderoso antídoto para quien tiene la tentación de corromper o bien, en sentido pasivo, de dejarse corromper.

La crisis de confianza que sufren las sociedades occidentales está íntimamente enlazada a la emergencia del valor de la transparencia. La opacidad ha ocultado infinitas formas de corrupción que, cuando han salido a la luz pública por alguna rendija, han generado indignación colectiva, pérdida de credibilidad y, por último, rabia y asco. Ese campo de cultivo ha hecho crecer exponencialmente el valor de la transparencia, porque, generalmente, anhelamos lo que no poseemos.

Venimos de un mundo opaco y hemos visto adónde ha conducido la opacidad. La persona honesta no

teme a la transparencia, porque no tiene nada que ocultar, porque en ella existe una simetría entre el ser y la apariencia, entre lo que hace y lo que dice, entre lo que piensa y lo que es. No debe esconderse para hacer trabajos sucios, no debe correr una cortina de terciopelo para realizar su actividad cotidiana. Podría hacerla, sin pasar vergüenza, delante de sus hijos. El problema lo tiene el ciudadano deshonesto, el que actúa con malas artes, el pillo que intenta zafarse de la ley y hacerse el listo. A este le preocupa la emergencia de una cultura global de la transparencia, porque la opacidad es su pequeño paraíso donde puede hacer y deshacer impunemente, sin que nadie se entere.

Anhelamos la transparencia, pero no somos conscientes de los problemas que pueden derivarse de la cultura global de la transparencia.

¿Realmente queremos saberlo todo? ¿Verdaderamente estamos capacitados para digerirlo todo? ¿Podremos soportar los montones de basura que se acumulan en los desvanes de las instituciones? ¿Los secretos de familia guardados desde la infancia? ¿Las trampas e hipocresías de los que supuestamente nos aman? ¿Tendremos estómago para poder digerirlas? ¿Estaremos dispuestos a ver cómo se hundan grandes mitos de la honestidad? ¿Algún día llegaremos a añorar la opacidad? ¿Cuánta transparencia puede llegar a digerir el estómago social? ¿Cuánta dosis de realismo podemos engullir para vivir y cuánta dosis de idealismo necesitamos para construir horizontes?

Queremos saber, sin embargo, que, muy a menudo, lo que acabamos por descubrir no nos gusta, no cumple las expectativas que teníamos y, por consiguiente, nos desilusionamos.

El anhelo de saber es constitutivo en el ser humano, pero hay que ser conscientes de que, frecuentemente,

tanto en el terreno afectivo como profesional saberlo todo, o casi todo, es una fuente infinita de sufrimientos que no siempre pueden paliarse.

¿Queremos saber que no somos amados por los que dicen que nos aman? ¿Queremos saber quién nos ama con pasión pese a no poder corresponder nunca a ese amor? ¿Queremos saber lo que sienten por nosotros las personas que realmente valoramos? ¿Estamos dispuestos a levantar el velo de la ignorancia y ver la realidad tal como es? ¿Tendremos el valor de levantar todos los velos e intuir la esencia de las personas y de los vínculos que nos unen a ellas?

Hay muchas cuestiones en juego que deseamos ir explorando una tras otra como quien deshoja una flor. Es bueno saber a qué nos exponemos cuando apostamos, definitivamente, por una cultura global de la transparencia. Muy a menudo, las cosas no son lo que parecen, las instituciones no son lo que imaginamos, los amigos de toda la vida no son como los hemos concebido, las personas de referencia están llenas de deficiencias y de carencias. La transparencia es, en este sentido, un camino hacia la madurez humana, pero también, digámoslo claro, puede ser una vía hacia la desesperación.

Los que somos claramente partidarios de una cultura global de la transparencia, porque creemos que es el único modo de hacer crecer cualitativamente las personas, las relaciones, las democracias y la credibilidad de las instituciones públicas y privadas, también debemos ser capaces de dar respuesta a ese montón de interrogantes que suscita la emergencia de este valor en el cuerpo social.

Queremos saber lo que se cuece dentro, cómo se toman las decisiones, quién las toma, qué cobran los que las toman, cómo se gasta el dinero público, en

qué se invierte y para qué. Además, queremos que esa información sea neutra, imparcial, despolitizada y desintoxicada ideológicamente, lo que no es nada fácil de garantizar en la práctica, porque, muy a menudo, los principales propagadores de la opacidad son los propios medios de comunicación que están servilmente subyugados al poder económico.

Escribe el filósofo turinés Gianni Vattimo, apóstol del pensamiento débil, en su obra *La sociedad transparente* que, al aumentar el valor de la transparencia, aumenta, de rebote, la percepción del caos, del desorden, del desbarajuste. Desde el desconocimiento, las personas, las instituciones, las familias y las organizaciones tienen una apariencia de orden, pero cuando uno se zambulle en su ser o bien las paredes dejan de ser opacas para volverse transparentes, nos hallamos “delante de una sociedad más compleja, caótica y... en ese «caos» relativo —dice— residen nuestras esperanzas de emancipación”.²

En efecto, muy a menudo, el cosmos exterior es el envoltorio de un caos interior, el orden aparente es una máscara que oculta un inmenso desorden. Al levantar el velo y captar cómo son las cosas en sí, nos damos cuenta del caos de las personas, del caos de las familias, del caos de las organizaciones públicas y privadas, de la complejidad de los procesos internos y su extraordinaria fragilidad, pero todo ese conocimiento, lejos de amedrentarnos, es la verdadera fuente de nuestra emancipación.

Creer como personas y como ciudadanos solo es posible desde el conocimiento y solamente cuando conocemos ese caos que ocultan las realidades aparentemente ordenadas podemos comprender qué clase de seres somos y qué clase de felicidad podemos anhelar.

2. G. VATTIMO, *La sociedad transparente*, Paidós, Barcelona, 1998, p. 78.

TRANSPARENCIA, SECRETO Y CONFIDENCIALIDAD

La transparencia es la disolución de las fronteras entre el dentro y el fuera, la perfecta correspondencia entre el ser de las cosas y su apariencia, la simetría entre lo que las personas son y lo que representan. Diciéndolo de un modo plástico, la transparencia es la desnudez del ser; es el cuerpo sin indumentaria, el rostro sin máscara, ni maquillaje, es la casa sin puertas, ni ventanas, ni paredes de ladrillo, toda abierta, de par en par, a plena luz del mediodía.

En el campo de las relaciones interpersonales, la transparencia es deseada, pero, a la vez, temida. Una persona transparente es digna de confianza porque dice lo que piensa, porque se manifiesta tal como es, sin caer en el subterfugio, ni en la hipocresía.

Es difícil ser transparente, a veces puede ser muy árido y puede conducirte a la marginación y a la soledad, pero la comunicación cimentada en la hipocresía, en el halago y en el baile de máscaras tampoco salva de la soledad, porque el otro no te revela quién es, ni qué piensa, ni qué espera de ti y, por tanto, no sabes frente a quién estás, ni cuáles son sus intenciones.

Cuando tenemos una persona transparente frente a nosotros, sabemos que puede hacernos daño, pero también sabemos que dice lo que piensa, sin tapujos, ni paráfrasis. Es imprevisible su mensaje y eso nos desconcierta, porque no habla para agradecer, ni para buscar la complacencia del oyente. Habla para reflejar

lo que piensa y lo que siente, aunque, a veces, lo que piensa y lo que siente pueden generar mucho dolor a su alrededor.

No siempre es agradable para un padre saber lo que su hijo adolescente siente por él; no siempre es sostenible emocionalmente conocer los pensamientos de la esposa o de la amante. A veces exigimos saber los secretos del corazón y el otro, como mecanismo de defensa, se cierra y miente. Entonces lamentamos que nos haya mentido, pero no nos percatamos de que la primera transgresión ha sido colonizar la privacidad del otro, violentándolo, hasta el extremo de que se ha visto obligado a mentir para salvarse.

Pero la transparencia no está reñida con la elegancia ni con la sensibilidad. Se puede decir lo que hay que decir sin tratar de hacer daño, sin ofender, sin herir innecesariamente. No es fácil, hay que trabajar el lenguaje verbal y no verbal con la destreza de un orfebre, pero es posible ser transparente y ser sensible a la piel del otro; decir la verdad interior con elegancia, sin vejar a nadie.

La transparencia no es una excusa para poner la directa y decirlo todo a boca de jarro, sin pensar, mínimamente, qué consecuencias tienen las palabras que hemos emitido. Muy a menudo, se convierten en dardos que hieren gravemente al otro o, peor aún, en saetas que se clavan en su corazón. La transparencia no es, pues, una excusa para ser brusco, ni zafio, ni insensible.

Esa transparencia pura, en el caso de que sea realmente efectiva en algún sitio, en alguna relación, en alguna casa de este mundo nuestro, también es muy temida, porque en la vida humana juegan un papel clave la privacidad, el secreto y, naturalmente, la confidencialidad.

La privacidad es aquella dimensión de mi ser que no quiero que el otro conozca. Es aquello de mí que no quiero exponer públicamente, que solo quiero guardarme para mí mismo o bien que solo quiero revelar a algún confidente que libremente he elegido.

Tengo derecho a la privacidad, a guardar bajo siete llaves este jardín secreto. Tengo derecho a que no lo conozca nadie, a que haya un muro de hormigón que lo separe del mundo entero. La transparencia es un derecho que tenemos como ciudadanos, pero también lo es la privacidad y ambos se convierten en deberes: en el deber de comunicar honestamente lo que somos, pero también en la obligación de no invadir el campo privado del otro, su corazón.

En este punto, es decisivo el principio de permiso. Solo puedo entrar en el jardín secreto del otro si el otro me da permiso. No puedo injerirme en él contra su voluntad, no puedo meterme en él sin su autorización. El deleite de conocer tiene muros compactos que no puedo saltar si el otro no me da permiso. En el caso de que quiera recibirme, que quiera hospedar mi ser en su hogar, deberé comprometerme a guardar silencio y a preservar el secreto dentro de mi corazón. La transparencia, pues, tiene un límite claro: el respeto a la privacidad, a la palabra dada, a la confidencialidad.

La emergencia del valor de la transparencia no puede poner en una situación delicada el valor de la privacidad. Sin embargo, el problema radica en las áreas borrosas, en aquellas informaciones que se nos han revelado y que no sabemos, con certeza, si pertenecen a la esfera privada del otro. El afán de saber puede colonizar ese espacio y transgredir un contenido que, para el otro, era confidencial.

La vida interpersonal es tan apasionante como compleja y, precisamente por eso, es tan difícil ser, al

mismo tiempo, una persona transparente y una persona confidente; un ser sincero y un ser que sabe guardar la privacidad, tanto la propia como la de los demás.

La transparencia es un valor noble, pero en ningún caso puede poner en entredicho valores también muy nobles como el respeto a la privacidad del otro, al secreto revelado confidencialmente. Guardar un secreto es una exigencia incluso en una cultura global de la transparencia. Eso significa que, en algún lugar de la casa, debe haber una cámara oscura o aunque solo sea un armario opaco que no tenga las puertas de cristal.

El secreto juega un papel determinante en la amistad, en la vida de pareja, en la vida emocional, espiritual y sexual, pero también en el campo profesional y social. A veces, despierta celos y malentendidos, pero todo ser humano tiene derecho a tener secretos, a preservarlos, indefinidamente, en su corazón. Esto vale para los adultos, pero también para los niños y los ancianos. Demasiado a menudo pensamos que los secretos de los hijos pequeños nos pertenecen, porque también pensamos que ellos nos pertenecen, pero ni los hijos ni sus secretos nos pertenecen, ni tampoco los secretos que nuestros padres mayores hayan podido sedimentar a lo largo de sus vidas. No tienen por qué revelarlos; no tenemos por qué conocerlos.

Una cosa es exigir a las instituciones públicas que sean transparentes, que podamos rastrear meticulosamente qué se hace con cada céntimo de euro que entra en ellas. Al fin y al cabo las instituciones públicas están al servicio de la ciudadanía y las financiamos con nuestros recursos. Otra cosa, muy distinta, es la transparencia en el terreno de las relaciones humanas, en el seno de las familias, de las parejas, de las amistades y de las comunidades religiosas.

Tener secretos es un derecho y, a la vez, un suplicio. A veces, hace daño tenerlos dentro, conservarlos

durante años, durante décadas, en espera de que la situación permita revelarlos. Hay secretos que no se revelan en vida para no hacer daño, pero, justamente para evitar ese daño a los demás, el que guarda el secreto se lastima a sí mismo.

El secreto es un mecanismo de defensa frente al mundo, pero también un elemento de la propia identidad y una expresión de urbanidad. Queremos hijos transparentes, pero ¿podemos exigirles que nos revelen todos sus secretos? Los hijos quieren padres honestos, pero ¿estamos dispuestos a comunicarles todos nuestros secretos?

Hay secretos en la vida de la pareja, en la vida de la familia, en las comunidades religiosas, en las empresas privadas y en las comunidades de amigos. Cada uno tiene el derecho de discernir qué quiere dar a conocer de lo que es, de lo que piensa, de lo que siente, de lo que desea a los seres que le rodean y qué quiere guardar herméticamente en su corazón como un secreto blindado a la erosión del tiempo.

La cultura global de la transparencia no puede transgredir el secreto, porque entonces lo que queda ya no es la transparencia, sino la exhibición de las intimidades confesadas, el imperio de la pornografía emocional, mental y espiritual, la transgresión de la privacidad que el otro nos ha revelado al oído.

CONTRA LA CULTURA DE LA EXHIBICIÓN

Soy partidario de una cultura global de la transparencia, pero no de una cultura de la exhibición, porque la exhibición, que es la exposición absoluta a la mirada ajena, la total manifestación de lo que soy, tanto de la interioridad como de la exterioridad, conduce a la desaparición del erotismo y el erotismo es decisivo en la vida humana y no solo en el terreno de las relaciones íntimas, sino también en la vida del conocimiento y en el desarrollo espiritual del ser humano.

La exhibición total es pornográfica. El erotismo exige el secreto. Escribe el filósofo coreano Byung-Chul Han: “El juego con la ambigüedad y la ambivalencia, con secretos y enigmas, aumenta la tensión erótica”.¹ Cuando todo es exhibido, se termina el juego y la seducción y la vida humana se convierten en un escaparate sin interés, ni enigma.

El erotismo está presente en la búsqueda del científico, pero también en la búsqueda espiritual del principio último de la realidad. En ambos casos, hay búsqueda de algo que está más allá, que no es manifiesto en el más acá, que exige salir de sí mismo, en un movimiento extático, para adentrarse en lo que es desconocido.

1. *La sociedad de la transparencia*, Herder, Barcelona, 2013, p. 36.

El secreto pone al científico en camino, pero también al místico. El místico, por decirlo con la hermosa expresión del teólogo protestante Eberhard Jüngel, quiere indagar el secreto del mundo (*die Geheimnis der Welt*), pero el científico, con su propia metodología, también quiere conocer la estructura fundamental de la realidad, la esencia de la materia, de la energía, del cosmos que habitamos.

Ambos quieren conocer lo que ignoran, lo que está oculto a la simple mirada. Conocer es, pues, descender, trascender lo que es aparente, poner entre paréntesis lo que parecía obvio, someter a interrogación todo aquello que habíamos creído, todo aquello que parecía tan evidente.

En ese ejercicio de descender a las profundidades de la realidad, ambos atraviesan toda clase de territorios, de estancias, de desfiladeros, de desiertos y de pedregales desconocidos. Siempre hay el peligro al acecho, la posibilidad de perderse indefinidamente, de embarrancar y de no encontrar el camino de salida, de sucumbir a una especie de laberinto sin hilo de Ariadna.

El peligro está siempre al acecho, pero justamente esa proximidad del peligro excita, aún más, la curiosidad del buscador, y también su sentido de la audacia y del valor. Lo que es obvio y evidente por sí mismo, lo que es diáfano y claro no excita la curiosidad, ni tampoco el deseo de aventura ni de épica que existe en el corazón de todo buscador, ya sea un científico, un místico o un explorador.

El buscador, como si se tratara de un detective privado, busca pequeños indicios, vestigios para identificar cada paso que debe dar. El secreto despierta la erótica humana, porque el secreto es siempre un misterio, un misterio que creemos que podremos llegar a

descifrar. Es esta esperanza la que nos pone en camino. Si partiéramos de la convicción de que no podemos saber nada de los niveles de realidad que ignoramos, si tuviéramos la certeza de que todo es tal como es y que no hay nada en el trasfondo de las cosas, no nos pondríamos en camino.

El misterio es, de hecho, aquello que está oculto, aquello que está velado a la mirada humana, tapado por un montón de velos que solo con paciencia y delicadeza se pueden ir separando. Hay misterio en las relaciones humanas. De entrada, no sabemos qué piensa el otro, no sabemos qué quiere el otro, no sabemos qué espera el otro de nosotros. Esa ambigüedad es una fuente de sufrimientos, pero también una excusa para iniciar el intercambio de palabras, el diálogo del corazón, que trata de proyectar luz sobre todo ese universo interior.

Con tacto y paciencia, tratamos de conocer las intenciones secretas del otro. También el otro trata de comprender quién somos y por qué hacemos lo que hacemos. Ese trabajo de aproximación mutua no tiene fin, pero no es una tentativa absurda, ni estéril, porque, como consecuencia del intercambio amoroso de palabras y gestos, se progresa en el conocimiento mutuo, de tal modo que el otro deja de ser el que yo había imaginado que era y yo también dejo de ser, para el otro, la representación mental que él tenía de mí.

Ese trabajo de aproximación es decisivo para desconstruir las representaciones fijadas en la mente y para percatarse de su inconsistencia. Es entonces cuando sentimos el vacío, el vértigo, la sensación de descontrol, porque nos percatamos de que el otro no era el que imaginábamos que era. Al descubrir los universos que se esconden dentro de él, sentimos temor y temblor, pero también un inmenso deseo de conocerlo.

La exhibición pura y dura de las intenciones mata el trabajo de acercamiento y de seducción, aborta la excitación inherente a lo que es desconocido. Exhibirse es muy a menudo un ejercicio narcisista, un modo de llegar a ser el centro de atención, pero, a la vez, puede ser una forma de ocultarse. Hay quien exhibe una imagen de sí mismo para esconder otra y, de este modo, preservar herméticamente su secreto. Hay quien exhibe el cuerpo desnudo, pero esconde el alma. También hay quien exhibe el alma en cada escaparate social, pero oculta secretamente su cuerpo a la mirada ajena.

El erotismo es la cultura del deseo y el deseo requiere, como condición de posibilidad, el secreto. Nos atrae lo que está oculto, lo que no se ve a simple vista, lo que exige cierto esfuerzo. El secreto, lo que ignoramos, estimula la imaginación, pero también la inteligencia, porque obliga a trazar una ruta para poder aclararlo. Cuando todo es tal como se muestra, cuando todo está expuesto al pronto, no hay que afanarse, no hay que esforzarse por investigar nada.

La realidad, sin embargo, no es transparente. No lo son los seres humanos, ni las comunidades, ni los vínculos son transparentes. La piel es un estuche que esconde sentimientos, deseos inconfesables, miedos, preocupaciones de toda clase, obsesiones e, incluso, manías. La piel no es transparente. Para conocer a alguien de verdad hay que trascenderla, porque nadie lleva escrita la historia de su vida en la frente, ni los deseos del corazón esculpidos en el rostro. Hay un universo de secretos ocultos en el corazón de la persona, secretos que van con ella y que forman parte de su identidad más profunda.

La realidad velada despierta la curiosidad, el anhelo de saber. Eso nos pasa, por ejemplo, cuando nos aden-

tramos en el conocimiento de una persona o de una comunidad. Hasta que no descubrimos el secreto que se oculta en ella, no entendemos ciertos movimientos, ciertas conductas, ciertas expresiones.

El secreto despierta la curiosidad y la curiosidad es la fuerza motriz del conocimiento. El científico se siente atraído por la fisiología de un organismo, siente curiosidad por su forma de reaccionar al medio y esa curiosidad aumenta de magnitud cuanto más difícil sea adivinar las claves de aquella fisiología. La curiosidad enciende su deseo de conocer, pero esa curiosidad se enciende porque el mecanismo está oculto, porque no se ve a simple vista.

En las relaciones interpersonales, el secreto juega un papel determinante. Dos personas se encuentran, no saben nada una de otra, empiezan a hablar, primero, de temas irrelevantes, completamente ajenos a sus vidas. Progresivamente comienzan a tocar aspectos de sus respectivos mundos. Son dos universos que interaccionan delante de una taza de café. Todo está por descubrir, las narrativas individuales están escondidas, no saben nada una de otra.

A medida que una y otra tomen confianza mutua, irán deshojando los secretos ocultos, mostrarán la nube de pensamientos, de sentimientos, de deseos y de frustraciones secretas que están herméticamente escondidos en la última estancia del alma.

Todo ese proceso requiere tiempo, la alternancia entre silencios y palabras, entre encuentros o ausencias. Tiempo es, justamente, lo que no tenemos, es el bien más anhelado, pero hay que recordar que el trabajo de acercamiento mutuo es inviable en la cultura de la velocidad, porque el ejercicio de separar capas y de descender a las profundidades del otro no se puede realizar a contrarreloj. No podemos decirlo todo de

golpe, no podemos mostrarlo inmediatamente. Necesitamos la interacción, la palabra, el símbolo, el gesto, la confianza que se gana con el tiempo.

Es posible que, en ese acercamiento mutuo, una y otra nunca lleguen a tener suficiente confianza para decirse *todo*, para revelárselo *todo*, tal vez no encontrarán palabras para decir lo que deben decirse o bien no podrán transgredir el muro de la vergüenza o del sentido del pudor que las separa. Nadie sabe cómo será el destino de una relación, ni cuántos peldaños serán capaces de bajar juntos, cogidos de la mano.

Ser transparente es, en cualquier caso, una decisión libre. Asumirla es asumir riesgos. No se puede exigir a nadie que sea totalmente transparente. Cada ser humano tiene derecho a proteger sus secretos, su vida privada y a revelarla, progresivamente, a quien considere que debe hacerlo.

Cuando un ser humano es expuesto como un puro objeto de consumo, es tratado indignamente y es relevado al plano de las cosas. Entonces deja de ser un polo de deseo, un foco de curiosidad, para ser contemplado solamente como un objeto tosco, carente de sutileza, como un montón de órganos y pliegues. Esa posibilidad no es extraña en nuestro mundo, sino todo lo contrario. Es omnipresente. No en vano, escribe el filósofo coreano Byung-Chul Han, “El capitalismo agudiza el proceso pornográfico de la sociedad en la medida en que lo expone todo como mercancía y lo entrega a la hipervisibilidad”.²

La exposición pública y diáfana de sentimientos, emociones, dramas personales, conflictos internos, traiciones, manías, obsesiones, deseos y necesidades

2. BYUNG-CHUL HAN, *La sociedad de la transparencia*, Herder, Barcelona, 2013, p. 51.

que tan habitualmente contemplamos en toda clase de productos audiovisuales, pero especialmente en la gran plaza virtual que representa ser internet, conduce a una sociedad pornográfica y la sociedad pornográfica es el clímax de la cultura de la exhibición.

Como dice el filósofo coreano: “La sociedad expuesta es una sociedad pornográfica. Todo está vuelto hacia fuera, descubierto, desnudado, desvestido y expuesto (...). El porno no solo aniquila el eros, sino también el sexo”.³

Frente a esa posibilidad, hay que vindicar el valor del secreto, de la curiosidad, de la confidencialidad, de la revelación confidencial del propio mundo. Sin eso, el erotismo, el ingrediente básico de la vida humana, muere y perdemos un elemento sustancial de aquello que nos hace estar vivos: el deseo.

3. BYUNG-CHUL HAN, *La sociedad de la transparencia*, p. 29.

1. *El arte de saber escuchar*, Francesc Torralba.
2. *Aprender a adelgazar. Perder kilos depende de los sentimientos*, Pilar Senpau.
3. *Vivir el morir. Un difícil aprendizaje*, Xavier Busquet, con ilustraciones de Esther Valverde.
4. *Sabiduría del corazón. Apaciguar el espíritu*, Gérard Pilet.
5. *Cómo mirar la tele sin sufrir efectos secundarios. 35 teorías para comprender por qué nos enganchamos a la pantalla*, Piti Español.
6. *El niño con autismo, otra manera de estar en el mundo*, Isabel Paula y Jordi Torrents.
7. *Descubrir la fibromialgia*, Antonieta Castells.
8. *Trastorno del niño consentido*, Ursula Oberst.
9. *El arte de saber estar solo*, Francesc Torralba.
10. *El arco, la flecha y la diana. Vivir en presente y con voluntad propia*, Santi Serrano.
11. *El poder del miedo. ¿Dónde guardamos nuestros temores cotidianos?*, Jorge L. Tizón.
12. *El niño ante la muerte*, Anna M. Agustí y Montse Esquerda.
13. *Vida espiritual en la sociedad digital. ¿Es posible desarrollar las vivencias interiores en la era de la globalización?*, Francesc Torralba.
14. *La generación Google. De la educación permisiva a una escuela serena*, Eugènia de Pagès.
15. *Discernir entre el bien y el mal. El arte de establecer criterios éticos en la vida diaria*, Francesc Torralba.
16. *El valor de ser uno mismo. La autorrealización en siete movimientos*, Francesc Torralba.
17. *El alma del coaching*. Núria Oriol Palarea.
18. *El ayuno, una nueva terapia. La biología molecular y la medicina alternativa avalan este antiguo método natural de terapia*, Thierry de Lestrade.
19. *Secretos para encontrar el mejor empleo*, Constantino Montañés.
20. *¿Cuánta transparencia podemos digerir?*, Francesc Torralba.